

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



DE LA COCINA
AL ESCENARIO

por
Gloria Swanson,
Lawrence Gray,
etc.

50 cts.



DWAN, Allan

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAONE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

DE LA COCINA AL ESCENARIO

(STAGE STRUCK, 1928)

Deliciosa comedia americana interpretada
por la genial artista GLORIA SWANSON
secundada por Lawrence Gray, Gertrude
Astor, etc.

ES UNA PELICULA
PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Prohibida la reproducción
Hevisado
por la censura gubernativa.

L. Haró, Impresor - Barcelona

De la cocina al escenario

Argumento de la película

Era la actriz más grande del mundo. Para ella no había caracterización difícil. Cada triunfo añadía nuevo esplendor a un nombre consagrado ya por la fama.

Su belleza era deslumbradora y su arte conmovía al público de toda la tierra. En todas partes se disputaban el honor de inclinarse ante ella. Hombres célebres, gobernantes de pueblos, aristócratas de rancia nobleza vivían sometidos a sus encantos. Y ella iba pasando con el poder de una reina del universo que recibiera el homenaje de la humanidad.

El mundo de la elegancia aceptaba sus ca-

prichos como una nueva imposición de la moda. Sus rivales más implacables acababan por admirarla...

En suntuosos banquetes le eran ofrecidos los más exóticos manjares... Sus admiradores le brindaban poder y riqueza, mas su corazón se mantenía fiel al elegido cuando aún el mundo no la conocía...

Era su amado un joven modesto, el antiguo cocinero de un restorán. Pero la quería como si ella fuera también una mujercita humilde.

Y así pasaba la vida entre sueños de color de rosa...

— ¡Brindemos por la mejor actriz que el mundo ha conocido! — decían sus amigos en los banquetes con que la obsequiaban.

— ¡Levantemos la copa!

Pero la maravillosa artista con un leve gesto de su mano de lirio, imponía silencio:

— ¡Esperad! ¡Quiero que olvidéis que en el mundo hay otras actrices!

Y bailaba en medio del salón la danza de Salomé...

Llevaba en sus manos una bandeja de plata y sobre ella la testa roja del Bautista... Iba bailando con emoción, pretendiendo besar los labios exánimes del hombre a quien diera la muerte.

Todos la admiraban en este trabajo difícil... Tenía su danza una grandeza perversa. Baila-



— ¡Esperad! ¡Quiero que olvidéis que en el mundo hay otras actrices!

ba de modo incomparable aquel ritmo de amor y muerte...

Y los aplausos atronaban el espacio reverenciando su arte embriagador... ¡Qué gran actriz aquella Juanita Hagen! ¡La mejor del mundo!



Así iba meditando cierto día Juanita Hagen, una modesta fregatriz del restorán Wagner. La voz fuerte y ruda del dueño la sacó de su dulce visión.

—¡Juanita! ¡No te duermas...!

Y ella, cogiendo una bandeja de metal sobre la que descansaban platos y tazas, fué a servir la comida a los parroquianos.

Juanita Hagen, una muchacha sedienta de gloria, no pensaba más que en emular algún día a las grandes actrices del mundo, mientras servía a los malhumorados clientes de un modesto restorán de una barriada fabril.

Aquella vez, como de costumbre, Juanita había soñado más de lo debido. Y ahora con el servicio de platos realizaba piruetas prodi-

giosas amenazando con tirar al suelo lo valijilla.

Los parroquianos gritaban enfurecidos contra la criada. ¿Dónde tendrá la cabeza aquella mujer!

Wagner, el propietario del establecimiento, la increpó enfurecido:

—Con tus tonterías me vas a hacer perder toda la parroquia. No comprendo cómo puedo aguantarte... Sirve la comida a aquella mesa.

Juanita con su aire satisfecho e indiferente al trabajo hizo lo que le mandaran.

El señor Wagner comentó con su mujer el caso de Juanita. ¿No sería mejor echarla a la calle? ¡Servía mal... siempre estaba distraída... con sus malditos ensueños!

La criada, a pesar de todo trabajaba más que Tinita, la hija del señor Wagner, que se pasaba el día comiendo.

Juanita se acercó a la mesa donde estaban unos obreros y sirvió la sopa.

No se dio cuenta de que le había ocurrido un percance. Acababa de romperse el hilo que sujetaba un collar que llevaba sobre el pecho, y los granos habían caído en el plato.

Uno de los obreros empezó a comer distraído y vió los extraños adornos que flotaban en el caldo.

—¡Eh, Juanita! ¿Quién ha echado estas porquerías en la sopa?

—¿Quiere usted que le echen diamantes por cinco centavos? — respondió ella con desdén.

—Pues yo no como esas piedras...

Juanita descubrió de pronto que no llevaba collar y que los restos estaban en el plato.

Lo retiró y quitó las cuentas de tosco marfil.

—¡Si lo llevo a perder! Este collar me lo regaló Orme, y lo quiero más que si fuese de perlas...

Y marchó con la jova mientras los clientes maldecían a la distraída muchacha.

Para Wagner, Orme Wilson no era más que un buen cocinero, pero para Juanita era un verdadero genio.

Orme Wilson era un simpático muchacho, cocinero del restorán, que confeccionaba a la vista del público con su experta mano deliciosas tortillas de harina de trigo. Y las muchachas del barrio sentíanse enamoradas de este obrero de manos finas.

Orme era objeto de la adoración ferviente y secreta de Juanita... Pero hasta la fecha ésta sólo había conseguido de Orme alguna sonrisa de compasión o de burla.

Juanita se dirigió al mostrador donde el cocinero condimentaba pasteles que luego hacían las delicias de la gente del barrio.

Tras el escaparaté una porción de muchachas admiraban el trabajo del joven.

—Orme, ¿qué disgusto! ¡Figurate que iba a perder el collar que me regalaste!



...confeccionaba a la vista del público deliciosas tortillas de harina...

—¡Vaya por Dios... siempre tan distraída...! Y a propósito... cuida las tortas mientras yo voy a la cocina a traer pasta...

—Entretanto continuaré tu faena.

—Précise hacerla bien.

Desapareció Orme y la muchacha preparó varias tortas realizando después con los pasteles algunas atrevidas piruetas. Las echaba al aire y luego los recogía con el plato.

Tiró una de las tortas y cayó sobre sus cabellos suavemente, sin que Juanita acertara a encontrarla. Las muchachas tras el aparador reían... Finalmente cierto calorillo que sentía en su cabeza la hizo descubrir la suave pasta.

Voltó Orme a ocupar su puesto y Juanita, llamada por Wagner, corrió a servir a los clientes. Pero con una bandeja en la mano haciendo inconcebibles piruetas, empezó a correr hasta que finalmente ella y los platos cayeron al suelo.

Wagner y Orme habían presenciado la escena.

—Pero... ¿te has vuelto loca? ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Serrín...?

Es que quería hacer una gracia — respondió ella, risueña.

—Pero yo también soy muy gracioso. Esta semana no te pagaré. Así te enseñaré a respetar las cosas de mi propiedad.

Juanita, indiferente, se encerró en su cuarto. ¡Qué vida aquella! ¡Permanecer siempre bajo el poder de un dueño de restorán! ¡Cómo desca-

ba librarse de su servidumbre...! Y ser libre al lado de Orme.

Uno de los mayores descos de Juanita era



Wagner y Orme habían presenciado la escena.

que Orme moviese restorán propio... y tenerlo a él por amo.

Cada vez se sentía más enamorada del cocinero, un buen muchacho que no merecía la desdicha de permanecer a las órdenes de un

hombre tan antipático como el señor Wagner.
 Como adoraba a las actrices de todas clases



...aspiraba también a ser una actriz como aquellas...

y condiciones. En sus ilusiones de hombre sencillo que vive una existencia quieta, las artistas, las mujeres que trabajaban en el teatro

y en el cine, le parecían diosas, algo misterioso que jamás podría ver.



...examinó las paredes cubiertas casi materialmente de retratos de artistas...

Y Juanita, que había comprendido esa pasión del cocinero, aspiraba también a ser una

actriz como aquellas cuyos retratos tenía Orme en la habitación del restorán.

Una tarde Juanita entró en el dormitorio de su amigo — éste y la criada vivían en el mismo restorán — para dejarle la ropa lavada.

Después de guardarla en una cómoda examinó las paredes, cubiertas casi materialmente de retratos de artistas.

Los examinó uno a uno con verdadera emoción.

— ¡Si algún día yo llegara a ser como esas mujeres! ¡Cómo me querría entonces Orme! — se decía.

Y veía también colocada su esfige en los muros, con aquellas posiciones indolentes y estudiadas de las actrices de moda.

Iba a salir cuando penetró Orme en su cuarto.

— ¡Caramba, ¿tú, Juanita?

— Sí, señor... he venido para traerte la ropa limpia... ¿me quieres dar la que tengas para la lavandera?

El le entregó un pequeño bulto.

— Dile a la lavandera que me mande la cuenta. Hace dos meses que la estoy reclamando.

— Está bien...

Juanita, ante la puerta volvió a contemplar las fotografías y comentó:

— ¡Estás enamorado de ellas, ¿verdad?

— Sí, de todas. No hay en el mundo mejores mujeres que las actrices.



— Dile a la lavandera que me mande la cuenta.

Juanita guardó silencio.

— Cuando quieren, quieren de veras — siguió diciendo él.

Cómo me gustaría ser actriz...

— Tú... pero... ¿estás loca? ¡No sueñes!

—Tal vez sea actriz más pronto de lo que tú piensas...

Y salió alegremente, con el propósito firme de llegar a alcanzar un puesto en las tablas.

Orme rió de buena gana... ¡Actriz aquella pobre criada! ¡Gracioso! Y sin acordarse más de ella, continuó la tarea interrumpida el día anterior de pegar retratos.

Poco después Orme salía de su cuarto y comentaba con Juanita junto a la ventana la aparición de un barco que cruzaba el río.

—¡Es el vapor-teatro! — exclamó él, con entusiasmo —. ¡Quién sabe si vendrán nuevas actrices esta temporada!

También Juanita examinó con ojos de emoción aquel bello y adorado vapor que se deslizaba por la corriente del río. ¡Si ella pudiera ser como una de aquellas hermosas mujeres que debían ir a bordo!

Orme deseaba visitar cuanto antes el buque teatro o a lo menos acercarse a la orilla para descubrir a las lindas pasajeras. Pero... tenía aún que preparar una enorme cazuela de guisantes para la cena de aquella noche.

Requirió el auxilio de Juanita.

—Juanita... me gustaría ir a bordo... y el amo quiere que me quede a pelar los guisantes. ¿Quieres ayudarme?

La muchacha, sonriente, respondió:

—Sí... sí... qué no haría yo por complacerte...

—¡Eres muy buena, Juanita! ¿Tienes un gran corazón!

Y la soñadora comenzó su monótono trabajo, pero pensando que llegaría un día en que ella también sería una gran actriz.

Una vez finida la tarea, marchó Orme, y Juanita se retiró a su alcoba. Ya en ella comenzó a lavar y planchar la ropa de Orme. Con el espíritu generoso de los enamorados, para favorecer a su amigo no entregaba la ropa a la lavandera, prefiriendo arreglársela ella, y de este modo no presentaba cuenta alguna al cocinero. Y éste ignoraba el sacrificio bondadoso de la joven.

Juanita comenzó a planchar una camisa de Orme. De repente, dejando la plancha caliente sobre la ropa, se dirigió hacia un perro de cartón con pelo de estopa que tenía colocado sobre una cómoda. Le llamaba Pulguita y era su único confidente.

—Pulguita, ¿te gustaría que fuese una gran actriz y mi novio clavase mi retrato en la pared y me llenase de besos?

Acariciaba al perrito que parecía mirarla con sus fijas pupilas de vidrio.

—¿Qué te parece, Pulguita? ¿Voy a ser o no una gran actriz? Pronto voy a obtener el

diploma que probará a todo el mundo que soy una gran artista.

Y volvió a leer la carta que había recibido aquel mismo día:

"Escuela de Actores y Actrices por Correspondencia.

Nueva York

Srta. Juanita Hagen

New Martineville

Muy apreciada señorita:

Tenemos el gusto de comunicar a usted que no tardará mucho en ser una consumada actriz. Envíenos cinco dólares, y si nos promete formalmente que estudiará usted el ejercicio que le remitimos la semana pasada, le mandaremos a usted un elegante diploma, confiriéndole el título de actriz.

Saludos de usted muy atentos x. x. x.

Raimundo H. Riggs

Presidente

— Si... sí... les enviaré en seguida los cinco dólares.

Aquella cantidad constituía una buena parte de sus ahorros, y la extrajo del cuerpo de Pulguita donde la tenía guardada a manera de hucha.

¡Qué alegría tendría Orme cuando le mostrase ella el diploma de actriz! Entonces, con toda seguridad, la consideraría igual a aquellas damas de su cuerno.

Pero... un olor extraño hirió sus narices. ¡Válganos Dios...! La plancha casi roja dejada por descuido sobre la camisa la había quemado, casi por entero. ¡Buena la había hecho! ¡Qué enorme plancha...! No tendría más remedio que sustituir la prenda estropeada por otra nueva.

Entristecida, salió del cuarto para ir al restorán a continuar las faenas de su cargo.

Orme había ido al muelle a ver de cerca el viejo barco. Durante cuarenta veranos consecutivos, aquella embarcación llamada "Water Queen" (Reina de las Aguas) servía de teatro flotante y había recorrido ambas riberas del río Ohio, representando las mismas obras con diferentes artistas.

Waldo Buck, el empresario y propietario, estaba enamorado de su "troupe", pero aun lo estaba más de su tambor.

Ilta aquella tarde tocando el tambor con dos platillos y llamando la atención del público que se había aglomerado ante el teatro que acababa de atracar.

— ¡Señoras y señores — decía —, la atracción más grande de la temporada será nues-

tra nueva primera dama!... Podrán ustedes todos verla representar...

La llamó y salió de uno de los camarotes una mujer alta, rubia, de espléndida belleza. Llevaba un bastón en la mano y sonreía a todos con sus labios pintados.

—¡Les presento a ustedes a Miss Lillian Lyons, nuestra primera actriz, procedente de Nueva York, Londres y París! ¡Suban, muchachos, que les presentaré personalmente a Miss Lillian!

Pero los chicos de aquella población eran tímidos y no se atrevieron a hablar con aquella elegante mujer que les parecía de otro mundo.

Orme por el contrario avanzó tímidamente.

—Bravo... muchacho — le dijo Buck —; he aquí a nuestra primera actriz... Bonita mujer, ¿eh?

Lillian sonreía... El joven, turbado ante aquella exquisita belleza, no acertaba a decir palabra... Pero besó suavemente aquella mano de marfil que ella extendía.

Por fin pudo decir:

—Soy un admirador de todas las actrices, señora, y usted me parece la más bonita del mundo.

Lillian se echó a reír...

—Gracias... por el pipapo... joven. ¿Es usted de este pueblo?

—Sí...



—Bravo... muchacho... he aquí nuestra primera actriz.

—¿Dónde trabaja?

—Aquí cerca en el restorán del señor Wagner...

Acariciándole con sus ojos, le dijo:

—Nos veremos después... Mañana por la

tarde pasará por su restorán... Quiero devolverle la visita, mi admirador...



—Nos veremos después. Mañana por la tarde pasará por su restorán...

Hablaron algún rato hasta que Orme vióse obligado a marchar... Debía reintegrarse a su trabajo... Lillian le vió partir alegremente... y ella... mujer algo libre y caprichosa, se sintió de pronto, interesada por ese joven que en el silencio aburrido de aquellas riberas le hin-

daba tal vez una aventura furtiva, de esas que se escapan del corazón y no dejan más que una sombra de humo azul.

Y mientras Orme administraba a Lillian a bordo del teatro flotante, Juanita, encerrada de nuevo en su cuarto, se disponía a ocupar el lugar que le pertenecía entre las más grandes actrices de la historia.

Ante un espejo y siguiendo las instrucciones de un libro que le habían enviado, continuaba su lección de mímica y declamación.

Con cómica gravedad iba realizando todo lo que indicaba el tratado para ser buena actriz.

"De pie ante el espejo, la alumna procurará reflejar la expresión de una esposa feliz.

"El marido entra en la habitación. La alumna reflejará en el semblante un sentimiento de terror.

"El esposo dirá a la alumna que la abandonará para siempre. Esta intentará cerrarle el paso gritando: "¡Abandonada, abandonada!"

Cada una de estas frases de un supuesto drama las interpretaba Juanita con toda la ilusión de su alma. Abrazando al perro de cartón le hacía representar el papel de marido, y ella ponía los ojos en blanco en actitud grotescamente dramática.

Después de este ejercicio, pensó que al siguiente día mandaría los cinco dólares para el

diploma... pero repentinamente recordó el accidente de la camisa quemada.

—¡Pulguita! — dijo con triste expresión—. Tendremos que esperar a mejor ocasión para enviar los cinco dólares del diploma. Ahora los gastaremos comprando otra camisa a Orme.

Y aquella noche se durmió... y como siempre se vió en sueños convertida en una gran actriz... y todo por Orme al que amaba...



Al día siguiente Juanita fué a comprar la camisa. La estropeada había costado dos dólares y la que Juanita adquirió para sustituir a aquella, costaba cinco.

Era de seda a rayas de colores. ¡Una preciosidad..! Con suave ilusión ella misma la llevó al cuarto de Orme y la metió en un armario.

Llegó Orme, que al ver a la muchacha preguntó:

—Juanita, ¿ha traído ya la ropa la lavandera?

—Sí... acababa de guardarla.



Juanita, ¿te has fijado qué bien lavan la ropa?

El, sonriente abrió el cajón y miró la camisa.

—Juanita — dijo — ¿te has fijado qué bien lavan la ropa? ¡Parece nueva! ¿Por qué no mandas la tuya a la misma lavandera?

—Sí... ya la enviaré...

No se atrevió a confesar la verdad. Permaneció unos minutos ante su amigo, mirándole como en éxtasis.

Orme comenzó a desdudarse.

Juanita — le dijo con amabilidad — tienes que ser discreta. ¿No ves que tengo que acicalarme?

— ¿A dónde vas a ir, Orme?

— Tengo una cita con... la primera dama de la compañía del teatro flotante... — respondió con orgullo.

Los ojos de Juanita le miraron con pena... ¡Ah, aquellas actrices que le arrebataban el corazón de su amigo!

— ¿Y qué clase de mujer es?

— ¡Una preciosidad! ¡Ya verás cuando la veas! ¡Da gusto hablar con ella!

Juanita salió y aguardó en el cuarto contiguo. Poco después se le acercaba Orme para decirle: :

— ¿Me quieres abrochar el gemelo de la camisa?

— Ven...

Pero en vez de arreglárselo, llena de celos, se lo rompió.

— Para hacer esto no te necesitaba — protestó él—. Estás muy nerviosa hoy, Juanita.

Y volvió a su habitación para buscar otro gemelo.

Entretanto Lillian Lyons había llegado al restorán. Venía como siempre, elegantísima... y agitando su bastoncillo de junco.

Interesada por el joven, quería ir a dar una vuelta con él, pues Orme le había asegurado que los paisajes eran magníficos, y a falta de otra distracción la primera actriz se conformaba con la compañía de aquel buen mozo.

Algunos clientes contemplaron con asombro a esa hermosísima mujer.

¿Qué plato aquél! Indiscutiblemente más sabroso que todos los que a diario comían en la taberna del señor Wagner.

El señor Wagner salió al encuentro de la hermosa señora. ¿Qué se le habría perdido allí a tan preciosa criatura? Seguramente padecería un error...

— ¿Desee usted algo, señora?

Ella, con un gesto displicente, sentándose ante una mesa, contestó:

— ¿Quiere usted avisarle a Orme que aquí hay una señora que le espera?

— Con mucho gusto...

¡Demonio de chico! ¿Qué suerte la suya! Relacionarse con una hermosa señora como aquella, que dejaba en el restorán donde se mascaba una atmósfera de aceite malo, el perfume de una alcoba de amor.

Entró en el cuarto contiguo y dijo a Juanita:

—Vete a decirle a Orme que salga; aquí hay una señora que le espera.

Wagner volvió al restorán y Juanita quedó vacilante, indecisa... Miró por la puerta a la dama que aguardaba. ¡Qué hermosa era!... Vió que con una burla se ponía polvos en el rostro y luego con unas pinzas arreglaba una ceja rebelde. Ah, ¡y aquella hermosa mujer le quitaría a su Orme?... No, no; ella no le avisaba...

Y cerró la puerta de un portazo.

Poco después se presentaba de nuevo Orme. Había logrado hallar otro gemelo y venía a suplicar a Juanita le hiciese el nudo de la corbata.

—Pero... cuidado... ¿eh?

Juanita comenzó a arreglar un artístico lazo, mas se acordó de la otra, de la que esperaba allí cerca para arrebatárle el amor de su amigo, y casi sintió ganas de extrangular a Orme. ¡Tanto! ¡Dejarse conducir como un chicuelo por unas palabras frívolas!

Y celosa, sin poderlo evitar, arrancó la corbata del cuello y se la entregó.

—¿Qué estás haciendo?—gritó Orme, desesperado—. ¡Eres una calamidad... una calamidad! ¡Cómo meto ahora en el cuello plan-

chado la corbata?... ¡Otra vez perderé media hora... y la primera actriz me estará esperando!...

Enfurecido, se encerró de nuevo en su habitación. Juanita, íntimamente, reía... La estratagemas iba saliendo bien...

Y en su espera, Lillian iba impacientándose por momentos. ¿Cómo la hacía aguardar aquel hombre? ¡Un aldeano, un mozo de restorán haciéndose el interesante ante ella que había tenido amores con gente de importancia! Por fin, desdeñosa, llamó a Wagner y le dijo:

—¿Quiere usted decirle al señor Orme que yo no tengo costumbre de esperar?

—Sí, señora. Está usted sobrada de razón... A una persona tan guapa como usted... no se la hace aguardar nunca...

Fué a la estancia donde estaba Juanita, y le gritó:

—Dile a Orme que la señora está cansada de esperar...

Juanita vaciló otra vez... ¡Cómo se indignaría él, si supiese...! Quedó pensativa, no sabiendo si llamar a Orme o no... Pero éste salía del cuarto, elegantemente vestido.

Iba a entrar en la sala del restorán; allí encontraría a su amiga, a la gran actriz, esperándole... y tal vez aquella entrevista marcará el fin de los ensueños de la muchacha. Juanita

fué retrocediendo hacia una mesa, y con los brazos en la espalda, sobre un mostrador, cogió un cuchillo y rápidamente se infligió un corte en uno de los dedos.

Dió un grito... y el muchacho volvióse rápidamente.

¿Qué te pasa?

—Me he cortado un dedo—dijo ella, dolorida y mostrando el pulgar ensangrentado.

El joven que, a pesar de sus simpatías hacia las actrices, tenía para Juanita un cariño que no acertaba a definir en su simplicidad de cocinero, se acercó a la muchacha y le dijo, con ternura:

—Pobre Juanita! Ven, te lo pondré en el chorro de la fuente...

Y refrescó y envolvió cuidadosamente el dedo herido. Juanita se sentía feliz ante esos exquisitos cuidados.

—Ahora no voy a poder pelar los guisantes... Tendrás que hacerlo tú—murmuró ella, con ademán ingenuo.

Un gesto de contrariedad se pintó en el rostro de Orme.

—¡Diantre! murmuró—. ¡Precisamente hoy, que tengo un compromiso!

Ella se reía por lo bajo, y Orme, de mal humor, no sabía qué partido adoptar. Por fin creyó oír voces femeninas en la estancia cer-

cana y se dirigió a ella, en el instante en que Lillian, cansada de esperar, abandonaba el restaurant.

Orme, disgustado, acercóse a la actriz.

—Señorita, siento mucho haberla detenido aquí tanto tiempo... Estoy ocupadísimo...

—Podía usted decirlo desde el primer instante... y no hacerme aguardar...

—Ignoraba que estuviese usted aquí...

—Pues transmita por dos veces el recado... En fin, ya nos veremos otro día... Adiós, hombre de... negocios...

Y marchó con su sonrisa seductora, dejando a Orme contrariado... Pero, ¿cómo abandonar ahora a Juanita?

Volvió junto a su amiga que, con el dedo cavuelto, procuraba penosamente arreglar los guisantes.

—¿La has visto?—preguntó Juanita—. ¿Se fué disgustada porque tú no has podido salir con ella?

El hizo un gesto de desdén.

—No lo sé... pero no me importa... Mañana la veré...

En silencio comenzaron la tarea. Juanita le mostró uno de los guisantes, abierto, en cuyo interior había dos semillas.

—¿Sabes lo que esto significa?—dijo riendo.

—Alguna tontería.

—Y gorda. Pronto vas a tener novia...

—¿Y quién será ella?

Juanita no contestó, pero ruborizóse, como si la agitara la emoción. Luego, procurando ocultar su turbación, dijo:

—Orme, ¿piensas ir a la fiesta campestre? ¡Me parece que si fuéramos, nos divertiríamos mucho!

—¡Ya lo creo que iré!—respondió él, pensando en la actriz.

Signieron la tarea. Orme se dio cuenta de que Juanita manejaba el dedo con una soltura normal.

—Juanita—dijo, riendo—: apostaría a que te has cortado el dedo a propósito.

—¿Yo? No, señor... te equivocas...

Pero estaba tan roja, tan turbada, que Orme creyó no haberse equivocado... Y por primera vez pareció descubrir aquel carlino que la muchacha le tenía. ¿No había querido apartarle de Lillian? ¿No era, pues, aquél un signo de celos?

—¡Cualquiera entiende a las mujeres!—murmuró.

Y siguió en silencio su labor, agitado por dos cabezitas femeninas que bailaban en su imaginación: la de Lillian, incitante y dominadora; y la de Juanita, sencilla y risueña...

Cuando acabaron la labor, Juanita, sin de-

cirle palabra, fué a ponerse bajo las órdenes del principal y a servir la mesa a los acostumbrados clientes de la casa.

En las batallas del amor, todos los recursos son admitidos, y a Juanita no le importaba tomar unas cuantas lecciones del enemigo.

Quería vestir a la moda, imitando a Lillian, que le parecía la reina de la elegancia. Era verdad: para ser amada... lo primero que se necesita, es seguir escrupulosamente a los modistos.

Recordando que la actriz llevaba un pequeño sombrero, recortó las alas del suyo, y después arregló sus zapatos al igual que los que usaba Lillian.

Al día siguiente daría el golpe. Cuando Orme la viese convertida en una dama elegante, seguramente la consideraría superior a Lillian, y abandonaría a ésta para vivir únicamente para Juanita.

Para celebrar el acontecimiento de la llegada del teatro flotante a la población, las personas más caracterizadas del lugar organizaron una merienda campestre en honor de los miembros de la compañía.

Orme asistió a ella, y le bastó dar una mirada a la concurrencia, para convencerse de que iba a divertirse de lo lindo.

Vió hablando con varios artistas a Lillian Lyons, la interesante criatura, y se dispuso a hablar con ella.

No es que, como mujer, le interesara gran cosa; sabía que no podría alcanzarla nunca, que pocos días después el buque flotante se la llevaría para no volver hasta un año más tarde. Pero le seducía hablar con ella, percibir aquellas oleadas de olor y saturarse de las palabras de Lillian, evocadoras de los mundos que llevaba recorridos.

Orme no estaba enamorado de ella. Pensaba que para mujer de su casa, para chica de hogar, era preferible una joven sencilla como Juanita.

Vió, de pronto, que Juanita llegaba hasta él. Orme la miró de pies a cabeza, sorprendido. Pero, ¿se había vuelto loco?

Venia con un sombrero recortado, con los zapatos cortados también, con un vestido extremadamente chillón. Y además, llevaba el rostro cubierto por una espesa capa de pintura, los labios convertidos en un brochazo de bermellón, los ojos en un mar de sombra...

—Por Dios, Juanita—le dijo, lanzando una gran carcajada—. Estás hecha un adelfeo.

Ella respondió, ingenua:

—Quise hacer una gracia...

—Pues me resultas tan graciosa como un funeral...

—Como sé que a ti te gustan las mujeres pintadas... Lillian es un taller ambulante de pintura... y tú la quieres... he querido imitarla...—respondió, mirándole fijamente, con intención.

El protestó:

—No digas tonterías, Juanita...

—Si esa actriz lo hace, ¿por qué no he de poder hacerlo yo?

—Juanita, tú no eres actriz, y además, no me gusta que la imites...

Y allí mismo, el joven, con un pañuelo, limpió la cara de Juanita, devolviéndole el brillo de su juventud, la tersura natural de la piel.

La merienda estaba animadísima. Se celebraba a la orilla del río, cerca del vapor flotante.

Algunos concurrentes entraban en el teatro, pagando antes las correspondientes entradas que pregonaba el empresario Buck.

Iban Orme y Juanita a entrar en el buque cuando Orme volvió a ver a Lillian; y dejando a la cocinera corrió a saludar a la bella actriz.

Ella pareció recibirle alegremente y los dos comenzaron a pasear entre el gentío... Orme, sentía la vanidad de que le viesen con aquella hermosa muchacha.

Juanita se sintió abandonada; vaciló unos momentos, pero considerando que también ella era en cierto modo actriz, siguió los pasos de la pareja, casi pisándoles materialmente los talones.

Entre actrices, una basta; dos se estorban mutuamente, y de tres... sobran dos.

Juanita, muerta de celos, pretendiendo imitar hasta en el modo de andar a su triunfante rival, acercóse a Orme y le llamó.

—Pero... ¿es que no vienes conmigo?

El, sonriente, contestó:

—Perdona... chiquilla... hablando con las actrices me olvido de todo...

Las dos mujeres se miraron frente a frente con hostilidad. Llamaron los ojos de Juanita contra esta mujer arrogante cuya única superioridad sobre ella consistía en que era una actriz de mérito... Y Lillian contempló altivamente a aquella insignificante muchacha que se atrevía a interrumpir el idilio.

El muchacho presentó a las dos rivales.

—La señorita Juanita Hagen, la mejor camarera de mi restorán — dijo —. La gran actriz señorita Lillian Lyons.

A pesar de la rivalidad que sentía contra ella, Juanita la admiraba en el fondo.

—Sí, señorita — dijo insinuando una sonrisa amable —. Orme y yo trabajamos en el mismo sitio...

Y tendió la mano a la artista. Pero ésta, desdefiosa, no alargó la suya.

—No acostumbro a hablar con camareras — dijo, desdefiosa.

Juanita respondió con oportunidad:

—¡Ah, ya comprendo!... ¡Come usted en el restorán automático!...

—Yo no he venido aquí a tratar con gente ordinaria — respondió Lillian con el mayor desdén —. Venga conmigo, Orme...

Y el muchacho, seducido por el interés que le inspiraba la actriz, después de lanzar una mirada de perdón a Juanita, se alejó en com-



—Sí, señorita. Orme y yo trabajamos en el mismo sitio...

pañía de Lillian. ¡Gustaba tanto de pasear con ella en esta tarde dominguera llena de luz!

Juanita quedó un momento pensativa, viéndose abandonada por el único hombre a quien ella adoraba en la vida. Era su solo cariño,

pues Juanita, huérfana desde su más tierna edad, no había conocido siquiera la ternura suave de los padres.

Una artista iba a quitarle a Orme... ¿Porque era más bonita que ella? No, sencillamente... porque era actriz, porque Orme adoraba a las estrellas que se exhiben en los escenarios.



Juanita llevaba ya algún tiempo dando sus lecciones para ser actriz... pero ahora comprendía que debía pasar enormes dificultades para lograr su debut... ¿Cuánto tiempo le costaría ocupar un puesto en un teatro aunque fuese de última categoría?... Y sólo así, cuando Juanita se hubiese convertido en una estrella

de éxito. Orme la quería por mujer. Estaba segura...

Fué andando lentamente entre el gentío dominguero y la luz de aquella tarde le parecía triste, como si reflejase su propio corazón.

Orme y Lillian habían entrado en el barco...

El empresario Buck, hombre risueño, amable, atronaba el espacio con su tambor.

—Pronto, señores, compren sus entradas! ¡Hay que ver la nueva compañía!...

Después de un ejercicio prolongado, Buck descansó unos momentos, acariciando el tambor al que quería como una cosa propia. Era ya viejo ese instrumento, pero le había acompañado siempre en todas las actuaciones y le parecía algo indispensable a su vida.

Uno de los asistentes comentó al oído de su esposo:

—¡Buck quiere más a su tambor que muchos maridos a sus esposas!

—Es que el tambor se lo merece... y algunas mujeres, no...

Unos chiquillos, pilluelos de la calle, nacidos para hacer el mal, estropear árboles, matar pajarillos, destruir con un deseo infernal todas las cosas útiles, accedieron a alguna distancia de Buck y lanzaron unas piedras sobre el tambor hundiéndolo una de sus tapas y dejándolo inservible. Cometida la broma pu-

sieron los chiquuelos pies en polvorosa, dejando presa de la mayor consternación al empresario.

Acarició los restos del tambor, este amable compañero cuya voz había escuchado tantas veces... Y lloró con un dolor profundo.

Juanita acercóse lentamente y al ver el desconsuelo del empresario le preguntó:

—¿Le ha ocurrido a usted alguna desgracia?

—Y grande, muchacha. Acaban de destruir mi tambor.

Juanita, que tenía buen corazón, intentó consolarle.

—No se preocupe... Usted es bastante rico para comprar otro...

—No, no soy rico... Pero... el nuevo tambor que compré ya no será éste... el que yo tanto quiero... porque ha sido mi compañero de peregrinación durante muchos años... Cómo he amado mi tambor... ¿Usted ha querido alguna vez algo con toda su alma? — le dijo.

Ella sonrió, y respondió sin vacilar:

—Sí... a mi Orme...

—Pues así he querido yo a mi tambor... Y ese Orme, ¿quién es?

—Es un muchacho que trabaja conmigo a quien le gustan mucho las actrices...

—¡Bonita cosa!...

A mí también me gustan las actrices —

continuó diciendo Juanita—. Yo también soy actriz pero nunca he tenido la oportunidad de demostrarlo.

—¿Lo desearía?

Yo lo creo... Estoy segura de que entonces nadie me quitaría a mi Orme...

El empresario contempló unos instantes a aquella linda criatura que tan bellas palabras le había dicho. Y deseoso de favorecerla, le respondió:

—Señorita... no se apene... Se me ha ocurrido una idea... Quiero que usted trabaje en mi teatro...

—¿Es posible?

—Sí... pase mañana por mi teatro... y concretaremos... Hoy no puedo... hoy lloro la pérdida de mi tambor...

Y Juanita vió alejarse al empresario que acariciando los restos de su amigo volvía al buque...

Sintióse repentinamente feliz, pareciéndole que la gloria le sonreía... Sería célebre... gloriosa... Podría aspirar a mirar frente a frente a Lillian, sin sentirse despreciada por ella...

Y regresó al restorán, realizando indiferente su trabajo con la confianza de estar acabando para siempre sus días de humilde Mari-tornes...

Pocos días más tarde, el pueblo entero estaba intrigado por un anuncio de Buck.

La misma Juanita se encargaba de repartir los prospectos del teatro a los clientes del restorán. Decían así:

¡Todos al Río!

¡Todos al Teatro Flotante!

¡Estupendo debut de una refulgente estrella de la localidad!

¡Quién es ella?

¡Venid a verla!

¡Sábado, 26 Julio!

Los comentarios eran generales. ¿Quién podría ser la atrevida muchacha que se lanzara a la escena? Y ninguno sospechaba que la solución podía darla la humilde sirvienta que les servía a la mesa.

Juanita iba a debutar en breve. Buck, el empresario, aunque pronto dióse cuenta de que la muchacha no servía para las tablas, no quiso quitarle la ilusión y la contrató para cierto número cómico.

Y ella, la cocinera que iba a saltar de la cocina al escenario, pensaba en las bellezas de la fortuna.

Se había elegantizado. Una tarde se disponía a salir a recibir las últimas lecciones del empresario, cuando Orme se acercó a ella.

— ¡Qué alegría! ¡Juanita, estás desconocida!

Iba mejor trajeada que nunca. También el empresario le había dado lecciones sobre el modo de vestir bien...

Y Juanita, con esa facilidad rápida de las mujeres para ponerse bonitas, se había pintado los labios y los ojos con la seguridad de una perfecta práctica.

— Hay que modernizarse, querido — respondió —. Sobre todo desde que tenemos actrices en el pueblo.

Y le mostró el prospecto que anunciaba pomposamente la presentación de una nueva artista.

— ¿Quién será esa estrella local? — preguntó Juanita.

— ¡Figúrate... alguna desdichada!...

Ella mordió los labios... ¡Si supiera Orme!...

— Tengo deseos de asistir a su debut... Vamos a reírnos de veras... Juanita... he mandado reservar un palco para la función del sábado... para los dos.

La criada, con cierto temblor, pensando en lo que diría su amigo al verla en escena, le respondió:

Siento mucho no poder aceptar tu invitación... Orme... Tengo un compromiso para el sábado...

— ¿Con quién tienes ese compromiso? — preguntó intrigado.

— Ya lo sabrás... Es un secreto...

— Pero ¿tienes secretos para mí?... Juanita... no sabes que yo...

Y no se atrevió a continuar... Pero él amaba a Juanita, lo comprendía, adoraba a aquella compañera de trabajo que vivía con él y que era buena e ingenua...

Juanita desapareció... Había visto en los ojos de su amigo una secreta turbación... ¡Ah, cuando descubriera el misterio, cómo la adoraría Orme, muchacho loco por las actrices!...

Los días que mediaron hasta el sábado fueron de incertidumbre para todos. Y por fin, el sábado por la noche el pueblo en masa se dirigió al teatro para resolver la incógnita.

Un vapor lleno de excursionistas de la po-

blación vecina acudía también a presenciar la sensacional función.

Juanita llevaba ya largo rato en su camerino... Se había arreglado y pulido como nunca, y aparecía realmente bonita.

—¿Qué le parezco? — le dijo a Buck.

—¡Está usted encantadora, chiquilla!... pero mi idea es otra... Verá usted... Usted boxeará con otra muchacha... Vamos a celebrar un match... Esto está de moda...

A Juanita no le pareció aquello muy divertido y agradable. En sus primeros ensueños, la ingenua se había convertido en todas las heroínas del teatro, la mujer enamorada, la esposa infiel, la desdichada madre, la hermana santa... Pero nunca había creído emular a los campeones del puño.

Lillian la miraba riendo...

El empresario le enseñó una media negra y le dijo:

—Se pondrá usted esta media en la cabeza para que sus convecinos no la conozcan, y la llamaremos "La Maravilla Enmascarada".

El propio Buck colocó la media en la cabecita de la muchacha, abriendo luego a la altura de los ojos y la boca tres agujeritos, como una careta.

—Amirable... admirable...

Ella se enristeció repentinamente.

—Pero... de este modo no me verá Orme... y yo quería que me viese...

—No se preocupe... Primero presentaremos el encuentro del pugilato... Usted dejará que su rival la venza...

—Yo no quiero que me rompan la cara...

—No tenga miedo... que no le hará daño... luchará usted con una mujer tan fina y delicada como Lillian Lyons.

Lillian la miraba sonriente, deseosa de pegar a esa estúpida pueblerina que le había estropeado una conquista.

—Oígame, Juanita... Una vez usted se haya dejado caer al suelo, vencida... se levantará de nuevo, se quitará la media y recitará la poesía... que le enseñé estos últimos días.

—Sí... sí...

Lo que Juanita deseaba era que Orme, su amigo, la viese declamar en las tablas.

El teatro aparecía repleto. En su palco, Orme pensaba en dónde podía haber ido su amiga Juanita. ¿Qué extraño secreto era aquel que le impedía estar en el teatro?

Además un sentimiento de gratitud la llevaba a adorar a Juanita. Poco antes de salir del restorán, habiendo preguntado a Wagner quién era la mujer que le lavaba su ropa para pagarle la cuenta, el dueño del establecimiento

to hubo de informarle que era Juanita la que se dedicaba a aquellas faenas.

—¿Y lleva mucho tiempo arreglándome la ropa?... — preguntó.

—¿Qué se yo? Casi tres meses...

¡Mi pobre Juanita! ¡Y no ha cobrado un céntimo... y no he comprendido siquiera su bondad!

Tenía deseos de verla ahora y pediría perdón. Antes la había buscado por el restorán, pero la muchacha había desaparecido unas horas antes con permiso del señor Wagner.

Quería expresarle su inmensa gratitud y hacerle además una pregunta decisiva:

—Juanita... ¿tanto interés tienes por mí?

Era indiscutible que aquella exquisita atención sólo podía hacerla una mujer que se sintiese enamorada. Y ahora comprendía en las miradas furtivas, en las suaves palabras, en los arrebatos de celos, que Juanita le amaba... y él no lo había descubierto hasta entonces.

—¡Pobre Juanita! Y ella pensará tal vez que yo estoy enamorado de Lillian...

No, no lo estaba. Era demasiada mujer aquella; tenía un pasado aventurero que no correspondía al carácter sencillo, de hombre de su casa, de Orme.

Y Orme esperaba ver aparecer a Juanita para darle cuenta de todo y declararle tam-

bién la honda simpatía, la pasión profunda que por ella experimentaba. Porque Juanita le gustaba...

Iba a comenzar el espectáculo. La música inició una marcha. Levantóse el telón, y el empresario, el señor Buck, risueño y gentil, se acercó a las candilejas.

—¡Señoras y señores! — dijo después que la orquesta cesó de tocar—. Antes de comenzar la representación de "La Cabaña del tío Tom", quiero darles una sorpresa... Van ustedes a presenciar un encuentro de pugilato entre los dos más famosos campeones del sexo femenino.

Una ovación coronó estas palabras, ovación que se repitió al aparecer en escena las contendientes, donde se había improvisado un ring.

Apareció Lillian Lyons, sonriente, hermosa, arraucando miradas y suspiros.

—Tengo el honor de presentarles a la "Niña de los Puños", campeón femenino del Río Otón...

La muchacha saludó agradecida al entusiasmo popular, y viendo a Juanito se acercó a su palco y le estrechó la mano.

—Supongo que se alegrará de que yo triunfe, ¿verdad?

—Claro está que sí — respondió el joven, distraído.

Pero ya un movimiento de sensación indicaba que llegaba la otra combatiente. Era Juanita.



—*Sabongo que se alegró de que yo triunfe, ¿verdad?*

nita, con jersey negro, cubierta la cabeza con una media de seda negra también... Bajo los agujeros brillan los ojos vivos, intensos, nerviosos.

—Tengo el honor de presentarles a "La Maravilla Enmascarada", la pugilista de la localidad, que ha recogido el guante de "La Niña de los Puños" — siguió diciendo el señor Buck.

Juanita, a quien le temblaban las piernas por la emoción, saludó cortésmente.

Un rumor de mar humano creció en la sala. ¿Quién sería la enmascarada? ¿De dónde habría salido aquella muchacha?

Lillian, despidiéndose amablemente de Orme se acercó a su enemiga. Las dos estaban ya frente a frente. Iban a boxear como dos buenos luchadores.

Los ojos de Juanita buscaron en la sala a Orme. Lo hallaron en un palco y quedaron fijos en él, clavados en sus pupilas, durante minutos...

¡Oh, Juanita, temperamento poco impresionable, aquel día experimentaba sin embargo la natural emoción de todos los debutantes!... ¡Y pensar que estaba allí por Orme para que éste la admirase y la quisiera de veras!

Orme contempló distraídamente a Juanita y ni por un momento llegó a sospechar que aquella enmascarada fuera su compañera.

El mismo empresario arbitro el combate. Sonó el "gong" y dió principio a la lucha.

Las dos mujeres comenzaron a pegarse

fuertes guantazos, sin norma alguna de técnica ni de ciencia pugilística, pero con la enorme fuerza que proporciona los rencores femeninos.

Ellas se odiaban y pegaban de firme, sonando los golpes sobre los cuerpos finos y esbeltos.

El primer round pasó sin ventaja positiva. El buen público reía ante aquella lucha. Buck se acercó a Juanita y le dijo:

—Lo convenido es que usted se deje ganar... ahora.

De nuevo emprendieron el combate. Y esta vez Juanita, desorientada y fatigada por el puño fuerte de Lillian, recibió un palizón extraordinario.

Perdía efectivamente, y era derribada una porción de veces sobre las cuerdas, pero no de modo convertido, sino por no poder aguantar más el ímpetu duro de su adversaria.

El público, viendo la derrota de la representante de la localidad, tomaba la cosa a broma.

—¡Echadla al río para que se bañe! — gritaban — ¡Que se quite la careta!...

—¡Queremos verle la cara a este prodigio!...

—¡Que se vea... que se vea!...

Orme, a pesar de su preocupación, reía también... ¡Pobre muchacha!...

Pero de pronto, tambaleándose, Juanita se dirigió a la adversaria y la pegó un buen golpe en el estómago que Lillian no pudo evitar, y la derribó en tierra.

El árbitro contó los diez segundos reglamentarios y como Lillian permaneciese en su sitio, fué proclamada vencedora por *k. o.* Juanita.

La muchacha había vencido, a pesar de que el empresario estaba molesto por este fallo que seguramente exacerbaría el carácter violento de Lillian.

Con gran dificultad, Juanita logró quitarse la media de la cabeza y apareció ante todos para recibir una clamorosa ovación.

La mayor parte de la concurrencia conocía a Juanita.

—¡Es Juanita... la cocinera del señor Wagner!...

Orme se había puesto de pie. Estaba livido... Veía a la mujer amada de boxeadora en un teatro, en un espectáculo grotesco.

La llamó con voz angustiada, trágica.

—¡Juanita!

Ella le saludó con la mano y muy seriamente, enrojecida por la lucha anterior, comenzó a recitar la poesía que tenía aprendida de memoria.

*Desciende Febo a su ocaso
y llega oscura la noche...*

Lillian había vuelto en sí y, no contentándose con haber sido vencida por la cocinera se arrojó a la joven, y le pegó un soberbio puñetazo en el costillar.

Vacilante, Juanita continuó:

*Del cielo las estrellas veo,
entre brumas y nieblas espesas.
La tristeza invade mi alma
y lenta, la muerte se acerca...*

La que de nuevo llegaba era Lillian que repitió el formidable puñetazo.

—Del cielo las estrellas veo... — gimió la desgraciada.

Y no pudiendo aguantar más los golpes de su adversaria comenzó a correr, loca de miedo, maldiciendo el instante en que había pisado las tablas.

El público gritaba desaforado:

—¡Echadla al río para que se bañe!...

Orme rugía de indignación... ¿Quién era el responsable de aquel delito? ¿Quién había llevado a Juanita a hacer aquella exhibición grotesca y dolorosa?...

De pronto sintió que la muchacha pronunciaba angustiosamente su nombre:

—¡Orme, defiéndeme que me mata!...

Había caído bajo el peso de la enfurecida Lillian, que la pegaba furiosamente.

Orme saltó al escenario separando a las dos terribles mujeres.

—Juanita — le dijo con voz melancólica — ¿Por qué has hecho esto? ¿Quién te ha puesto en la cabeza boxear, exhibirte de modo tan ridículo?

—Quería simplemente hacer una gracia...

¿Quién te ha contratado?

—Buck, el empresario...

—¡Ah, el miserable!... ¡Si te pongo las manos encima, se acordará de mí toda la vida!

Pero Buck estaba entre el público comentando el inesperado término de la fiesta.

Se había bajado el telón y la concurrencia tomaba las cosas a broma.

Orme se levantó para exigir una explicación al empresario y en aquel momento Lillian avanzó de nuevo hacia Juanita con el ánimo de repetir sus "carifiosos" golpes; pero la criada, medrosa, huyó como un gamo.

Orme corrió tras ella... Habían salido todos a cubierto. La muchacha seguía por la borda... Y de pronto vieron que se encaramaba sobre ella y se echaba al mar...

—¡Juanita! ¡Juanita! — gritó el joven.

—¡Se ha tirado de cabeza al río! — dijo una voz.

Y gran parte del público acudió para enterarse del fin de la novel artista.

No se veía rastro de la infeliz. El agua estaba tranquila, mansa... No se observaba ni un remolino ni una alteración en sus tersas aguas... ¿Dónde podría estar Juanita?

Las voces de socorro iban repitiéndose.

Orme enloquecía... ¿Cómo era posible que hubiese desaparecido, así, tan de repente? El la había visto caer, mas a pesar de asomarse inmediatamente al río no vio nada, ni siquiera oyó el característico rumor de un peso sobre la corriente.

Y desesperado, pensando que Juanita se habría ido al fondo del Ohío con una pesadez de plomo, gritaba:

—¡Juanita!... ¡Juanita!...

El grito volvió a repetirse una y otra vez como una demanda de auxilio en la quietud apacible de la tarde.

—¡Juanita! — repitió la voz...

Oyóse otro grito, una voz femenina que parecía responder de un sitio lejano:

—¡Aquí estoy!

La voz salía del fondo del río y Orme y toda la gente se asomaron. Nada vieron, parecía una llamada de ultratumba.

Mas por fin descubrieron una cabecita de mujer junto a la línea de flotación del buque. Era la de Juanita.

Al arrojarse al río, Juanita había quedado

casualmente suspendida de un palo y allí permanecía acurrucada, esperando que la salvaran, pero sin atreverse a responder a las primeras voces por miedo a que Lillian no repitiese la paliza.

Con el auxilio de cuerdas lograron extraer a Juanita, medio desvanecida. Orme la reanimó y luego se la llevó del barco, descomulgado de conducirla al restorán sin los testigos inoportunos que comentaban el intento de suicidio.

Ya en el restorán poco a poco Juanita fué reanimándose, volviendo a la vida. Orme, junto a su amiga, le sonreía con dulzura:

—¿Por qué has hecho esto, Juanita?...

Ella acariciándole con la suavidad de su voz y el terciopelo de sus ojos, le respondió:

—Porque yo... me figuraba que te gustaban... las actrices. Pensaba que querías casarte con Lillian... y para evitarlo... quise hacer el mismo trabajo como ella...

Orme se echó a reír de buena gana.

—¡Juanita, estás loca! ¿Cómo has podido creer que iba a casarme con una actriz?

—¿No estás enamorado de Lillian?...

—¡Calla... chiquilla!... Lillian no me interesa absolutamente nada... Te lo aseguro... Fué la atracción de un momento... Pasará, su barco se la llevará lejos... no la veremos más... Y tú, estarás siempre a mi lado... y serás mi

compañera... mi buena amiga... ¡Ay, Juanita, cómo he sentido yo que hicieras eso! Tú no sabes cuales son mis planes, pequeña...

—¿Tus planes?

—Sí, Juanita. Estoy ahorrando todo el dinero que puedo para comprar un vagón restaurant para los dos... Nos iremos juntos, nos casaremos...

Juanita le miró asombrada como si no creyera en esta declaración de amor.

—¡Eso no es verdad! — murmuró—. ¡Tú no me quieres!

—Por favor, Juanita, no digas tonterías... Siempre te he querido... Y ahora, te debo también mi gratitud... Sé cómo te sacrificas por mí... cómo me lavabas la ropa... Déjame que besé tus manos finas, Juanita... déjame...

Ella besó y la muchacha se sintió envuelta en una felicidad sin límites...

—Orme... — dijo ella —. ¡Bendito sea este instante!... No me importa el sofocón que he sufrido hoy en el teatro... no lo lamento... El me ha enseñado que mi porvenir no estaba en las tablas, sino junto a ti, y me ha enseñado más: que tú no amas a la actriz Juanita... sino a la Juanita humilde de este restaurant...

—Sí... Juanita... No temas haber perdido

tus anhelos de ser actriz... Ya no pienso en ella... Pronto compraremos un vagón restaurant y veremos el mundo... ¡Seremos felices!

Y la cocinera que había soñado en las glorias del escenario, sonreía ahora pensando en la realidad positiva del ensueño hermoso de un hogar.

3

Al siguiente día Orme visitó al empresario Buck para pedirle explicaciones.

—¿Cómo propuso usted a Juanita hacer el ridículo de ese modo? ¿Es que pensó usted divertir al público a costa de esa muchacha?

Buck, verdaderamente conmovido, le dió to-

da clase de excusas. El sentía mucho lo ocurrido. Aquel match de boxeo lo realizaban siempre como primer número del programa...



—...¿pensó usted divertir al público a costa de esa muchacha?

Y si Buck había cedido a que Juanita trabajara, fué accediendo a las súplicas ardientes de ella.

Soy el primero en lamentarlo, señor... Se

lo aseguro... Pero tal vez de este modo se le hayan quitado los deseos de ser actriz...

—Bueno, bueno... acepto sus excusas y dígame, Buck, ¿cuándo marchan ustedes del pueblo?

—Mañana...

—Quedaré tranquilo... Temo aún que Lillian quiera comprometerme... Y ahora si que nada quiero saber de ninguna actriz...

—Lo celebro... y no se ofenda.

Lillian pasó cerca de él, en el barco... y le volvió la espalda... ¿Que se quedara con la cocinera, desagradecido!...

Al día siguiente partía el "Reina de las Aguas" para otros pueblos ribereños... Juanita y Orme le vieron zarpar y a medida que se alejaba sentían que sus corazones respiraban más libremente...

Y al verle desaparecer se sintieron libres y proclamaron con un heso su gloria de libertad y amor...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

la comedia sentimental

La huerfanita millonaria

interpretada por los célebres artistas Shirley Mason, Colleen Landis, William Conklin, etc.

Sea usted coleccionista de

Los Grandes Films

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

LEA USTED

la sentimental novela

LA MUJER DESNUDA

por Louise Lagrange, Ivan Petrovitch,
Nita Naldi, etc.

EDICIONES ESPECIALES

La Novela Semanal Cinematográfica

COLECCIONE USTED

LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. - *El triunfo de la mujer*. - *El prisionero de Zenda*. - *El gran Medardo*. - *Los escorpiones de la mujer*. - *Una mujer de París*. - *El Corsario*. - *Para cada la vida*. - *Crucero de Bengel*. - *La mujer a mujer*. - *La Hispania Blanca*. - *El castigo de los lobos*. - *París*. - *El vagabundo de mujer*.

Precio de cada libro: UNA PSETA

Varona de Obispos. - *Maestro Emperador*. - *Licia entre rejas*. - *El que se fue al nupcias*. - *Boulevard*. - *Janice Heredit*. - *El Sauleño de la Opera*. - *El 1900*. - *El amante*. - *El Cielo*. - *Madame San-Gene*. - *Amor a*. - *Cuando las mujeres aman*. - *El Capitán Blood*. - *Mis fuertes que en amor*. - *La*. - *Demasiadas mujeres*. - *Noblesse oblige*. - *Unidad de Orito*. - *La hija de Darnavagar*. - *El Infante Malicia*. - *París*. - *La novia de fuego*. - *Los hijos de Nadie*. - *El asesino de Islandia*. - *La 2ª mujer de Martha Aint*. - *El Oso de la Victoria*. - *El prisionero de Nan y Fresno*. - *Justicia púnica*. - *La Foupée de París*. - *El abasien de Lady Windermere*. - *Por la Patria*. - *Amor de Padre*. - *El asalto al ambulante de Carreras*. - *Dick*. - *el Guardia Marino*. - *Bo*. - *La conculista del Amor*. - *Rejo el tulo de Mandé Carlo*. - *La Barrera*. - *La Reclamera*. - *Maternidad*. - *Los hijos del Hospital*. - *El diablo santificado*. - *La exil del niño*. - *Elben tener hijos los pobres*. - *Garciones*. - *Rosa de*. - *El Truco*. - *El diablo*. - *El hijo prodigo*. - *El marido perdido*. - *La novia fingida*. - *El misterio*. - *La novela de esta noche*. - *La que no sabíamos*. - *Montes*. - *Maltrata*. - *La Favorita de la Legión*. - *Los hombres que papen*. - *Chico a chico*. - *En Altares al Príncipe*. - *El circo del diablo*. - *La Música de Oro*. - *Sequit del placer*. - *Inocente condenado*. - *Cambio de personas*. - *La vida de la mujer*. - *Una Yanguia la Argentina*. - *Milán nos habla*. - *Jaime corral*. - *El pelo*. - *El Tormento*. - *Se accede a los ladrones*. - *Polos a los verdaderos*. - *La hielorina del Cielo*. - *El Barredor*. - *El est. donde*. - *La novela de un joven pobre*. - *Los mariposas de Madrid*. - *Hijos prodigos*. - *Los dos amores*. - *La 1000*. - *La novela de*. - *Quince naciones*. - *La guerra*. - *El asilo del silencio*. - *Reclamada*. - *La guerra*. - *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. - *Pepe*. - *La 3ª guerra*. - *Por fin*. - *La 3ª guerra*.

Precio de cada libro: en céntimos

